

LA LIDIA



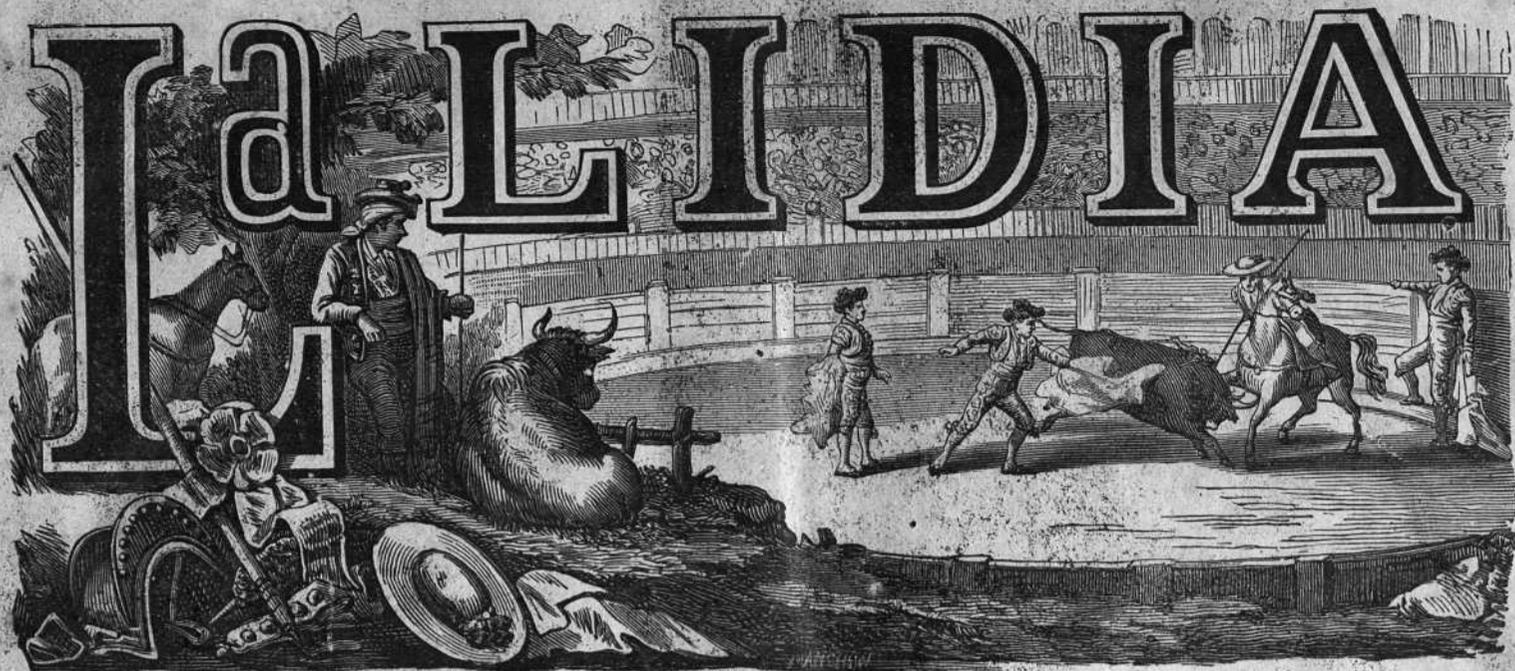
AÑO 1883

J. Palacios, Editor.

Madrid.

Dib. y Grm. M. Gimenez.

NUMERO EXTRAORDINARIO, 30 CENTS



NUMERO ATRASADO, 50 CENTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50
 Provincias: id..... 3

REVISTA TAURINA.

PRECIOS PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios, pesetas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, Plaza del Bombo, núm. 4, Madrid.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A pesar de los múltiples gastos que para la Empresa de LA LIDIA representa el artístico dibujo que hoy publicamos, el precio marcado para su venta es el de

30 CÉNTIMOS;

y hacemos esta advertencia al público, para que se niegue en absoluto a abonar mayor cantidad, si por los vendedores les fuera exigida.

NOTA BENÉ...

Ya sabe el desocupado lector lo aficionado que somos a hablarles en latín.

Idioma por Nos escogido para que mejor nos entienda.

El presente número es la demostración más evidente de lo mucho que deseamos complacer a nuestros numerosísimos abonados. Tres máquinas en incesante movimiento, apenas darán abasto á cumplimentar los muchos é incesantes pedidos que de Madrid y de varios puntos de la Península se nos hace.

En vista de esto no publicaremos hoja mañana lunes, dejando la aparición de nuestro número ordinario para

el martes 27,

en que nuestro dibujo traerá una inspirada alegoría del célebre espada

CAYETANO SANZ,

y reseña y apreciación de las dos corridas, la extraordinaria y la 1.^a de abono, una vez que se hayan verificado en la Plaza de Madrid.

Otrosi:— como dicen los abogados— la Empresa de LA LIDIA ofrece a sus queridos suscritores un bonito y artístico At-

manaque para 1884, así como también a dichos suscritores, y a los que, no siéndolo, presenten á fin de año la colección completa de todos los números, una magnífica portada en cromo para su encuadernación.

NUESTRA SEGUNDA CAMPAÑA.

Hémos ya otra vez en la palestra como aquel soberbio adalid á quien no hace retroceder la proximidad del combate, y aquel hidalgo manchego, que ni le asustaban endriagos, ni le atemorizaban gigantes, ni nada ponía pavor á su jamás desfallecido ánimo.

Una penosa, penosísima enfermedad de nuestro querido *Alegrias* nos impidió publicar con oportunidad el último número del año anterior. Después de aquel retraso y merced á nuestro silencio muchos nos dieron por aletargados y muertos; como si le fuera dado morir á la misma vida, que vida es y vida se llama próspera y abundante, haber lanzado á luz una publicación como la nuestra, y agotarse los números y multiplicarse las ediciones, y ediciones y números tener que repetirlos en el pasado invierno, para dar cumplimiento á manifestaciones tan generosas de parte del ilustrado público.

¡Otra vez en campaña LA LIDIA! Aquella LIDIA que reseñó las corridas, apreció las suertes, dedicó artículos á los diestros, dibujos para alentar su imaginación y semblanzas para su divertimento. Aquella misma LIDIA, que hasta logró despertar de su letargo sombrío á los muertos encerrados en la fosa, púsoles pluma y papel en la huesuda mano, y les obligó á cantar las alabanzas ó predecir las tristezas de los toreros del porvenir.

Reproducidos varios de nuestros cromos, y traducidos algunos de nuestros artículos, los hemos visto en publicaciones extranjeras; lo cual ha sabido llenarnos, si no de envanecimiento, al menos de complaciente alegría, porque al fin el *arte nacional* ha logrado ir sentando plaza en el cerebro de ilustrados bibliófilos de Alemania y junto á los muros de la moderna sufragánea de Avignon.

Aún tenemos que añadir más y esto si que nos envanece! Sobre la repisa de la chimenea del hogar, allí caldeada con el fuego de la leña, y manoseada por dedos diligentes, que la han debido pasear varias veces bajo la escudriñadora vista, allí hemos visto nuestra LIDIA en el pasado invierno, sirviendo de delectación á toreros reputados de maestros, que han consagrado el ocio de sus noches á comentar los acaecimientos del verano, ó á meditar en los consejos que dirigiera el *espada muerto* desde las tenebrosas moradas del otro mundo.

Nuestra segunda aparición no es, pues, una temeridad, sino un deber, el cual para que aparezca debidamente explicado nos ha hecho caer

en el pecado de la inmodestia. El lector *bonae voluntatis* nos lo sabrá perdonar.

Al dar comienzo, por tanto, á nuestros planes tácticos y limpiar las armas de la pelea, nos hallamos repleto el foso hasta el rastrillo, y casi cegado el puente, con aquellos malhadados anónimos que nos perseguían y denostaban en nuestra temporada anterior.

¡En algunos se nos tacha de formales! Desearían varios aficionados que no tratáramos el toreo en serio, y que nuestros números fueran una serie de noticias, recortes de otros periódicos, y agitanadas chanzonetas que más bien dibujaran la carcajada en el rostro, que el convencimiento en el ánimo. Querrían otros, á su vez, que nuestra crítica fuera más sañuda, más picante, más corrosiva y personal, hasta el punto que el diestro se viera zaherido en su reputación y atajado en el camino de su porvenir. ¡Jamás!

Aceptamos el toreo como un arte, y como todo arte tiene sus reglas fijas y determinadas, tratamos todo cuanto á él se refiere, con la seriedad que da el peligro, la importancia que prueba el valor secundado por la habilidad, y la gravedad de una existencia afanosa, que se expone todas las tardes, con auroras de triunfo, ó ocasos de viudez, orfandad y muerte.

No tenemos el insulto por crítica; no acariamos la befa por aliento en los primeros pasos de la vida del matador. ¿Por qué se han de restar los aplausos, mermar las satisfacciones, cicatar los elogios en el alma juvenil de los diestros que empiezan, y empiezan con generosos arranques?

Ayudar al que vale; ese es nuestro legítimo orgullo; desengañar al que no sirve; esa es nuestra tristísima obligación.

En cuanto á los maestros, no hemos de insistir en dar golpes de martillo para destruir una estatua, que ya está hecha. El presente nótrose siempre del pasado, y cosa baladí es denostar á un hombre por la desgracia de una tarde, cuando sobre el papel en que vamos á prodigar los insultos, ciérnense todavía los pasados triunfos, de que hemos sido entusiastas espectadores.

Corregiremos, enmendaremos, hablaremos al alma, al corazón y al amor propio de todos los diestros; pero no le produciremos hondas heridas personales, de esas que vomita la saña y crea el chiste de burdel.

De nuestros proyectos en lo porvenir, de dibujos artísticos y oportunos, cartas de ultratumba, imitaciones de nuestros primeros poetas y otra porción de cosas que tenemos en cartera... nada hemos de decir.

El público será juez de nuestros actos, y, sobre todo, de nuestras intenciones.

A la caída de la hoja, cuando el invierno suceda al calor del estío, y nuestra fiesta nacional sea, más bien que una esperanza, un grato recuerdo de los aficionados, seguros estamos de que éstos exclamarán, y vuélvase á perdonarnos este nuevo rasgo de envanecimiento: «¡La segunda campaña de LA LIDIA, ha sido superior á la primera!»

¡BUENA SUERTE, SEÑOR PACO!

El lápiz reputado de Ferrant ha hecho de nuestro dibujo una de las producciones más originales de su privilegiado talento. En él van inspiradas estas modestas líneas, ya que la brillante concepción de su fantasía nos ha evitado divagar sobre el asunto escogido para nuestro primer trabajo.

El momento preciso para dar comienzo a nuestra fiesta nacional, es hilo conductor que lleva corrientes de electricidad al pecho de todos los espectadores. Hormiguea la gente por patios, pasillos y caballerizas; amóldase el picador sobre su ancha y engamuzada silla; dirígenle los espadas y cuadrilla al ancho portalón, recogiendo todos en la mano izquierda los pliegues sedosos de sus capotillos; ladran los perros al olfato de la res enjaulada; sonsonean los cascabeles de las mulas destinadas al arrastre, y es de ver cómo los curiosos semejan á oleadas de humana gente removidas por el huracán.

En los asientos de la plaza, el panorama se reviste de diferente color. Abrense las bocas de los espectadores prorumpiendo en frases chistosas; se insulta, se vocea; alguien que permaneciera á corta distancia de las paredes del Circo, creería que aquel circuito había monopolizado todas las casas de dementes. El vendedor pregona su mercancía; el chistoso se empeña en aquilatar allí todo el diccionario de sus gracias; se habla alto; se suman las investivas y multiplicanse las carcajadas. El cuadro es abigarrado, múltiple, dominado en cambio por algo que podríamos llamar la unidad del asunto, la armonía de la luz, de los matices y del color.

En nuestros días, la seriedad del despejo ha suplido á aquella presencia inoportuna delregonero que voceaba el bando, y chicos, hombres y mujeres repetían á coro.

Con Pepe-Hillo, Cúchares ó nuestros modernos toreadores, el acto ha sido siempre imponente. Se dice que el gran Romero aparecía cada tarde más pálido.

Suenan los timbales; es redoble aquel que tiene algo de funeral.

Más de diez mil miradas se fijan durante breves minutos en un mismo sitio de la plaza; en aquel bastimento, á modo de presa cortada de un río, á cuya espalda primero se estacionan los diestros, luego asoman sus empenachadas cabezas los potros de los alguaciles, y más tarde la música es compás del pisar de las cuadrillas, que salen á recibir el beso del sol, las miradas de las damas y el aplauso de las gentes.

¡Alegría! ¡algazara! ¡nuevo y extraordinario regocijo! Aquel aliento por un momento suspendido, la mirada por breves instantes recogida, el corazón apagado en uno de sus movimientos, se ensanchan, crecen, se multiplican; y ya es todo luz lo que despiden los aires, y satisfacción lo que rebosa á torrentes, y grata esperanza lo que circunda por todo el espacio, antes dominado por la curiosidad.

Romero dirigía su vista siempre al palco del Corregidor; Lagartijo hace un plano recto de la proyección de su mirada; Pepe-Hillo miraba á los tendidos y se sonreía; Frascuelo mira á los palcos y se ríe también.

¡Oh! no hagais caso de esas sonrisas frías, inmotivadas, que plegan los labios y no llegan al alma.

«El sonido de la corneta, decía Cúchares, nos hace olvidar, por de pronto, dónde nos atamos la faja.»

**

Algunos de los frescos de Goya están inspirados en la reproducción típica, exacta de nuestra manola nacional. Rebosa en su pincel cierto color inimitable para las carnes, un tinte de elegancia en los contornos, cierta maestría en los pliegues del tocado, un conjunto, en fin, de majestad, de gallardía y de gracia, que la mujer extranjera no ha podido jamás copiar ante las

lunas más brufidas de Venecia, ó mediante los acicalados adornos del más aderezado figurín.

Y es que esa característica representación de los primeros comienzos de nuestro siglo, es, más que una figura, un símbolo; y más que símbolo, un emblema glorioso de nuestra historia.

De tez morena ó blanca; boca de labios engrosados por la voluptuosidad ó plegados por la gracia; nariz aguilena ó henchida, como sidiera paso á la respiración fatigosa de una bacante; de talle enjuto como la silfide de los cuentos ó abultado y repleto como el de matrona del Lacio; hay de todos modos y sobre todas las formas y en todo el especial conjunto de aquella mujer, algo de esa gracia que no se copia, de ese andar que no se dibuja, de esa mímica, eco de la voz, que es la desesperación de la copia y el sello más hermoso del original. Un poeta diría que el Sol de España se retrata por los ojos de esa mujer enteramente española, que nuestro valor heroico transparentase en el arqueo artístico de esos desnudos brazos, que la fertilidad, en fin, de nuestro suelo, osténtase en la abundosa madeja de cabellos de ebano, en los rizos dispuestos por la Musa de la coquetería sobre aquellas sienes, en el bozo natural que sombrea la comisura sonriente de los labios y en esas abundosidades también que el escultor suprime en la estatua y el arte espiritualiza contra el aguijón mortificante del deseo.

Acabamos de decir que es un emblema.

Cuando el francés pisa nuestro territorio, ella improvisa fiestas nacionales; cuando el extranjero toma carta de naturaleza en animos tornadizos y superficiales, la manola se impone con su falda salpicada de madroños, y ridiculiza el faldellín de raso de la damisela; la mantilla sustituye á la capota, la nacarada peineta á la blonda pluma, y el cendal del cinto al seno mal perjeñado de las imitadoras de Josefina.

El sarao de acompasados movimientos, flexitud en las piernas y femenino escarceo de los brazos, es sustituido por el bolero de castañuelas resonantes, el *olé* que más tarde immortalizó á la Petra Cámara, y el instrumento que supone el poeta debió sentir el gemido de una de sus cuerdas al pasar por Trafalgar.

¿Cómo se retratan todos los rasgos pronunciados de nuestro carácter en la vida y costumbres de esa mujer que tanto tiene de la bayadera de Goethe, sin los toques salientes del vicio!

Del sarao al recogimiento amoroso; desde el tocador, secreto confidente de todas sus gracias, al fastuoso templo, arsenal de todas sus oraciones. Como naturaleza atacada por el histerismo, ha pasado en breves minutos desde la carcajada al llanto, desde la risa al compungimiento; es tan pródiga que deposita sus óbolos en todos los limosneros del templo; tan avara al propio tiempo de sí misma, que no pierde un instante en volver desde el altar donde se vela al Cristo á otro altar donde se adora ella á sí misma. Es el espejo que le revela imprudente en qué sitio del tocado ha de colocar la flor que más tarde ha de arrojar sobre Pepe-Hillo en triunfo... Porque es de advertir, que desde el patio de San Gines, donde á los pobres allí rebujados les ha impuesto la obligación de «rezar por mí,» así dice ella, ha pasado veloz y como preocupada á su lejano domicilio, y allí ha montado sobre calesin de troton jamelgo, grandes y trepidantes ruedas, para ser conducida, como emperatriz en triunfo, por el arco románico de la puerta de Alcalá.

Y allí vuelve á tocar su bolsillo para socorrer conmovedoras desgracias; y una vez en el loqueante circo, visita los patios, vuelve á reír con el escándalo, á llorar junto á la enfermería, y avanza, retrocede, gira, se inquieta, toma como por asalto la entrada que la abre paso á su localidad, y como voz secreta en su corazón, y algo que la dicta la ternura y la mueve el deseo, decidese á saludar con su torneada mano al picador que marcha á buscar su línea de batalla.

Y ¡oh rasgo incomprensible de nuestro na-

cional carácter! La misma mujer que dijo en el templo *rezad por mí*, es la manola que se encara con el fornido picador, para gritarle graciosamente:

¡Buena suerte, señor Paco!

RUY DÍAZ DE VIVAR

LOS ESPADAS CONTRATADOS.

(CAPÍTULO INÉDITO DE «EL ROMANCERO».)

I.

*Non es de sesudos homes
ni de toreros de pró,
facer denuestos á un arte
que es tenuto más que vos.
Cuidárais de ser valientes
sin temeraria intencion,
que el barragan dá su vida
y el hijo-fidalgo non.
Desde mi huesa escondido
quisiera admiraros yo,
como Alvar Fañez que en Circo
á los toros lanceo.*

*¡Oh que remembranzas tristes
asaltan mi corazón!*

*Hora de las eútro á an
cuando entristecido el sol
de verse aislado en los cielo
al caso en direccion
marchaba entre negras nubes
á sentirse de arrebol.*

*Las damas é ricas señoras,
con chapin de simitor,
devantal de ancho brocado,
liengas luces en redor
de cendales, marquesotas,
y en ferosa profusion
en cada rizo una estrella...
rizos que rizará amor!
acompañadas del rey
presenciaban la función.*

*Allí en la arena humeante,
sangre que el moro vertió,
y que aún más de cien vegadas
ganara pujante yo;
allí saltan presurosos
caballeros en troton,
con fuerte loriga al pecho,
malla en que mirase el sol,
casco de plumas flotantes
y adargas sobre el arzon.*

*Clarín trueno los espacios
y animal de pié veloz
con truenos en su resuello
y rayos en su valor,
acomete, sigue, alcanza,
iergue el cuello que abajo,
sepulta el asta en el vientre
del caballo volador,
y armas, casco, pluma, peto,
mallas, tocado y arzon,
por la arena se revuelven
en sangrienta confusion.*

*Esto que sciera á una
la ignorancia y el valor,
podeis evitar vosotros,
toreros de profesion;
que tratar reses es arte
é non fachendas de pró.
Cuitad de facer ninguna
cosa que al arte menguó
que á todas las suertes arte
reglas dictara y mandó.*

*Cuitárais de ser valientes
sin temeraria intencion,
que el barragan dá su vida
y el hijo-fidalgo non.*

II.

*Vos, Lagartijo, que en vacas
prendisteis la lactacion,
ya que os acusan las obras
torero des que nació;*

mirad por la vuesa fama,
que el más dulce galardón
es descansar en la Historia
muriendo cual se vivió.
Non pedes atrás echais
con cornúpeto blándon,
que una fazina cualquiera
en vos es una baxción.
Dejad de olivos cosecha
é de gallos la aheion,
que en invierno nuestra hacienda
bien arreglada queda
y el verano es de los toros
muchas ganas haya ó non.
Yos, Curro, que el vuese padre
fué del arte galardón,
non aventéis sus cenizas
con mielo, duda, é pavor;
dejad de comer los callos
que vuesa esposa quiso,
que la pringue os turba el seso
é vos face remolon.
É vosarcé, señor Gallo,
que el ala en alto tendió.

ciudad de ser galo inglés,
pero non galo español;
que hay muchos galos que osan
pisar lo que vos pisó,
y apúestas hay en su contra
y otras apúestas en pró.
¿Quién ganará? Yan veremos
como usais del espolon.

De San Pedro de Cardaña
los días veinte y dos
de Marzo de aqueste año..
Rodrigo Diaz de Vitar

(alias) Cid Campeador.

LA COLETA DE MARIANO ANTON.

Un día emprendió la caminata de Carabanchel, y deseoso de ingresar *diplomáticamente* en el oficio, se dirigió al Alcalde. Señor, díjole el entonces joven aficionado

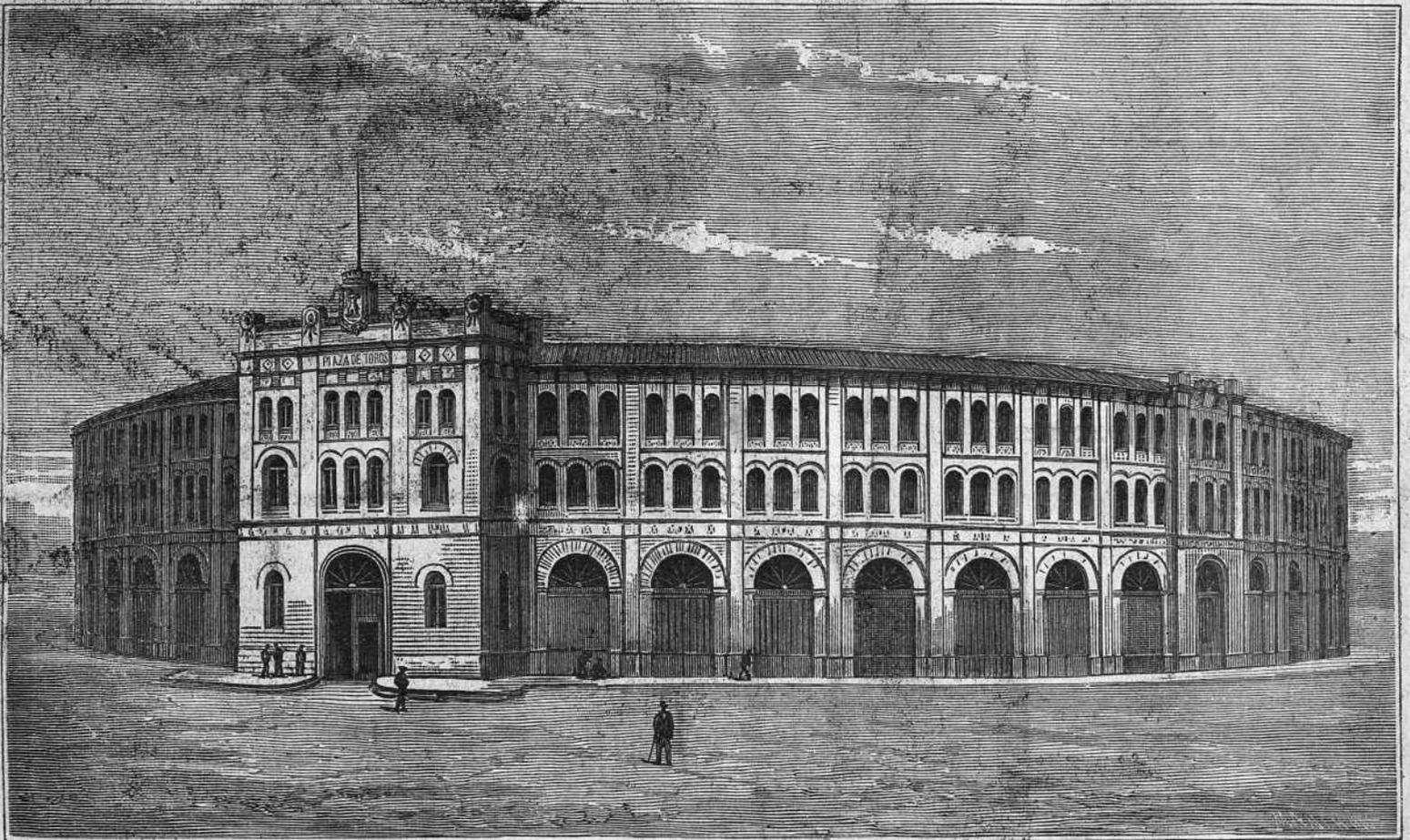
(porque de esta verídica historia hará unos 32 años), yo quisiera tomar parte en la corrida de toros que ha de verificarse en esta gran ciudad en la tarde de los corrientes.

La autoridad *subalterna*, que se había oído llamar Señor, al pueblo de su regencia ciudad, y al capeo de cuatro novillos una corrida de toros; engreído como estaba de su mando, de sus súbditos y de la gestión taurómaca de su alcaldesca iniciativa, correspondió gustoso á los deseos del joven.

Dió principio la función en la plaza contigua á la Iglesia, en medio de grandes voces, del estampido consiguiente á los fuegos artificiales de Maese Lucas, y una media docena de destemplados instrumentos.

Negro era el primer novillo que pisó el ruedo, causando una general derrota á muchachos y demás granujería por el estilo.

En medio de aquella confusión de fajas deshilvanadas, chaquetas multicolores y prendas de vestir á granel por la arena del improvisado Circo, se presenta el joven peticionario del señor Alcalde, que ya le llamaba su recomendado.



PUERTO DE SANTA MARÍA.—Vista exterior de la Plaza de Toros.

Abre Mariano, que no otro era el audaz pretendiente, sus siete varas de percal desengrasado, retazo de una de las tiendas del Campillo; engrie á la fiera entre los pliegues de su bien manejado trapo, y una *navarra* de las del señor Cándido, fué el remate feliz de tan sin igual aventura.

Entre las monteras, pellicos, gorras y sombreros que cubrieron la plaza, destacábase uno de éstos, de verdadero lujo; negro, afelpado con ribetes de seda y forro de color de caramelo.

La *diplomacia* de Mariano le aconsejó dejar para lo último la entrega de tan señorial reliquia.

Y llamámosla así, queridísimo lector, porque hoy ese sombrero figuraría en la sala de estrado del inteligente banderillero, al lado... ¿de qué hemos de decir?... al lado de lo que Mariano quiere más en el mundo: del retrato de sus hijos.

Un inglés daría por él 500 libras esterlinas.

Un aficionado, la colección más rara de revistas antiguas.

Aquel sombrero era del célebre Redondo, de tristemente malogrado *Chiclanero*.

El célebre matador de toros le vió, como hemos visto, trabajar, y le alentó en su empresa.

Un consejo de Redondo dado á un joven principiante en materia de *cuernos*, es una letra á plazo, firmada por casa corriente, y cuyo pago, tarde ó temprano, ha de realizarse.

En 1855, es decir, á los veintitres años de edad (pues reza la partida de bautismo de Mariano haber nacido el 28 en el Real sitio de San Ildefonso) entró á formar parte de la cuadrilla de Antonio Sanchez (*Tato*); con él trabajó constantemente, hasta que la irreparable desgracia sufrida por este diestro en la Plaza de Madrid, obligóle á Anton á ponerse á las órdenes de Rafael Molina (*Lagartijo*).

Ha sido un banderillero brayo, inteligente, jamás temerario. No conoció la envidia y por lo mismo no le embriagó la competencia. Mas que un corazón que le haya obligado á ciegas, ha tenido gran conocimiento de los toros para saber cuándo se podía arrimar. Algunos le han llamado maestro. En 1868, al lado del Cuco y de Muñiz, le vimos en esta plaza poner tan buenos pares de banderillas, que el público así to-

das las tardes premiaba su entendido arte con muchas palmadas y cigarros excelentes.

No podemos decirle en *paz* *descanse* porque, gracias á Dios y á su buena salud, Mariano no está enterrado, pero ha muerto para el toreo.

Como á la golondrina que le arrancan su nido y vuela desatinada sin saber dónde posar su vuelo, así se halló Mariano desde que los impíos arquitectos trazaron nuevos planes para reconstruir el café de *La Iberia*.

¡Oh, allí estaba su centro, su segunda familia... Aquel café le ha parecido insustituible. Cuando Mariano dejó ya de ir á aquella vistosa sala, poblada de periodistas y de políticos... el dueño llegó á conocer su error. El frac con que vestía á los camareros no se ajustaba bien con la chaqueta corta del simpático ex banderillero.

Es Mariano, sí, el prototipo más afortunado del padre de familia. No tiene más que un solo vicio, que nosotros sepamos; el de tomar un café y fumarse tres *cigarros escogidos* al día. **Total 95 céntimos de peseta.**

El resto del producto de su trabajo llévalo empleado en matrículas de San Carlos y libros de Medicina.

La Providencia fué impia con él al arreba-

tarle una de sus esperanzas: ahora le será propicia conservándole el báculo de su vejez.

Le llamamos ex-banderillero y es verdad: acaba de cortarse la coleta y se retira para siempre de la cuadrilla de Rafael y del arte de los toros.

En un cuadro de limpio cristal conservarán sus hijos su trenzada coleta.

Siempre será el distintivo de la profesión que llevó el pan á casa, y la prenda simbólica de un hombre de gran corazón y de las mejores condiciones de carácter.

TOROS DE D. VICENTE MARTINEZ.

D. Rafael Menendez de la Vega nos brinda para la primera corrida de la temporada con toros de esta ganadería.

Recordamos haber visto por primera vez á tan inteligente ganadero en casa del empresario de la plaza de toros de Zaragoza, Sr. Ostalé, invitado por el espada Frascuelo á beber algunas copas de *champagne*, después de la última corrida de la Feria del Pilar.

Ocupaba un lugar preferente junto á tan simpático diestro, y viene á nuestra memoria algunas frases que se cruzaron entre ganadero y espada.

—Mato con más afición cien Muras que un rinto de los Martínez, decía Salvador.

—Eso es porque á mí me gusta verlos salir, objetaba el aludido.

—Pues ¿cree V. que á mí me da vergüenza le gustaria verlos ir?

—Criando estoy seis toros de respeto, prosiguió Martínez, que van á llegar hasta la taleguilla.

—En ese caso, me atreví á matarlos de una vez, con el ganadero por añadidura; se permitió responder Salvador. El chiste fué celebrado con la risa general de todos los circunstantes.

Cabe ahora que nos preguntemos nosotros: ¿Serán los seis toros de la Extraordinaria á los que aludía el Sr. D. Vicente Martínez en su diálogo festivo con Salvador Sanchez (*Frascuelo*)?

La referida ganadería fundóla D. Julian Fuentes, que era regidor perpétuo en Madrid en el año 1797. Adquirió toros procedentes del diezmo, de la famosa vacada de D. José Gijón, y vacas del Campo de Salamanca. De la villa de Morazarzal, donde alojó el Sr. Fuentes su ganadería, tomaron nombre los toros. En el año 1825 cambió las vacas de procedencia salamanquina por las de la disuelta ganadería de los Sres. Arratia, de Madrid, cuyas vacas eran de origen manchego y de igual trapío y condiciones que las de Gijón. A beneficio de la Sacramental de San Isidro se lidiaron en Madrid, año 1816, una corrida extraordinaria de ocho toros, los cuales fueron tan sobresalientes, que, á partir de dicha época, las reses de Fuentes eran buscadas con grandísimo afán.

En 1852, el hijo y sucesor de D. Julian Fuentes vendió la ganadería á D. Vicente Martínez, y tanto antes de dicha época como después, los bichos han sido y son lidiados con gran éxito en las plazas principales de la Península, excepto en Andalucía, donde no agradan mucho las reses colmenareñas.

De los toros más notables de D. Vicente Martínez, recordamos:

Cantareño. El 7 de Mayo de 1860, salta la barrera y engancha cinco personas.

Murciano. El 20 de Junio de 1861, hiere á Sevilla en el muslo, en la mano y en el labio.

Cabrillo. El 27 de Octubre del mismo año, engancha á Pablo Herráiz por la faja, volteándole, dando un quiebro el diestro metidos los pies en un sombrero.

Rabanero. Se escapó varias veces al hacer el encierro.

Fojón. Da á Cayetano un varéto, resintiéndose el diestro de dos costillas falsas.

Beato. Engancha á Camique por la faja.

Carrioso. El 10 de Abril de 1864 volteá al Tato.

Coléto. Lastima á Calderón, que cae del caballo sobre su testuz.

Banderillero. Hiere á Cortés en la cabeza.

Florido. El 16 de Setiembre de 1866, dá á Lagartijo un puntazo en la pantorrilla izquierda.

Peregrino. El 7 de Junio de 1869, coge al Tato, produce una herida de tres centímetros de profundidad y cuatro de longitud, de cuyas resultas preñe el diestro la misma fecha, imposibilitándole para continuar en la profesión.

Rabanero. Hiere gravemente en un muslo al capatzen Francisco Gonzalez.

Cuéntanse ocurrencias extrañas acaecidas con varios toros de esta ganadería: el sábado 30 de Marzo de 1872, se fueron desde la puertas de la plaza á Colmenar los seis que habian de correrse en Madrid al siguiente día.

Por lo general son reses bravas, nobles en los dos primeros tercios, haciéndose de algun sentido en el último de la lidia. Su trapío es excelente, y están muy bien encornados. Los matadores no suelen confiarse en ellos, usando las *largas* á brazo extendido, y pases enteros cuando resultan con nobleza en el tanteo de los dos primeros.

CARRION.

En la tarde del 13 de Febrero pasado, después de haber cumplido su compromiso en Montevideo, y cuando ya volvía á su patria, falleció en la travesía de Buenos Aires á España, y á bordo del buque *Santísima Trinidad*, el espada Manuel Carrion (a) *Coracero*.

Sin grandes aspiraciones dentro de la profesión á que se había dedicado, contentóse siempre con la escasez de sus facultades, lo cual le impidió rayar á la altura en que otros de su tiempo se habian colocado.

Pocas veces hemos visto impreso su nombre en los carteles de toros de la Península; en cambio se le solicitaba en Montevideo, siendo allí con aplausos y dinero recompensado su trabajo.

La desgracia fué compañera inseparable de sus últimos días.

El torero que es herido en la plaza, tiene algo su dolor de fatal, consecuente y aun podríamos decir necesario.

Del fecho aislado de la enfermería pasa al solcito y acompañado del hogar, y allí, por lo menos, está el amigo que consuela, la esposa que abraza, los hijos que besan el rostro queridísimo de su padre.

Pero morir en medio del Océano, sin más compañía que el abismo, sin más lamentos que el rumor de las olas, y otra necesaria fosa que el espacio que abraza el cuerpo al caer inerte sobre el líquido cristal... ¡oh! esto debe ser digno de un héroe legendario ó de un hombre desgraciado hasta la compasión.

Aquí ha resultado esto último: Carrion es digno de la mayor lástima.

Su modestia ha contrastado con la grandeza de su tumba!

AL VUELO.

D. Antonio Gil, el porfiado y conocido espada, tuvo una cariñosa entrevista con S. M. el Rey en la tarde del 3 de los corrientes.

Tan sola una de las frases de las que mediaron entre monarca y matador, ha podido llegar hasta nosotros.

—Señor, exclamaba Gil; vuestro augusto bisabuelo fué el protector más constante de los Romeros y Pepe-Hillos...

—Recuerde V. que Carlos IV era rey absoluto, y yo lo soy constitucional.

—Pues bien, insistía el antiguo matador muy poco fuerte en derecho político y administrativo; que la Constitución me permita recibir los toros que se me antojen...

—Aquí ya no se trata, interrumpió el Rey sonriéndose, de que la Constitución del reino lo permita, sino que lo impida desgraciadamente la vuestra...

Segun los carteles de abono, la Empresa tiene contratados á los espadas *Lagartijo*, *Cuatro* y *El Gallo*. Se ha brindado, pero no se ha contratado, para matar en esta Plaza, al renombrado *Gordito*. Con qué diestros se cuenta para las salidas de Rafael y de los demás matadores?

¡¡¡Pues ya está la cuestión libre de enredos...
Paco Sanchez, Molina y Cuatro dedos!!!

En Madrid figura al frente del abono *Rafael*. En Sevilla toma parte en todas sus corridas *Salvador*.

Las dos estrellas que lucen en el cielo del arte se han dividido, pues, entre la Corte y la Maestranza.

Aquí del exquisito olfato que tiene el empresario de Sevilla, porque como el perro de la fábula, él sabe decir...

Del jamon que no quereis,
de ese me alimento yo.

Saludemos el día 25 de Marzo como señal de apertura de todas las Plazas del reino!

Madrid lanza á la palestra á *Lagartijo*, *Cuatro* y *Gallo*, con toros de V. Martínez.

Sevilla, á *Frascuelo* y *Cara-ancha*, con seis de Adalid.

Zaragoza cuenta con *Lagartijo* y *Molina (M.)* para mandar al desolladero á otros tantos de Ripamillan.

Señores Matadores: ha llegado la hora de la *verdad* con que cada cual á su puesto!

LA LIDIA, inaugurada su segunda campaña, saluda á todos sus dignísimos compañeros de la prensa en nombre de

Alegrías.

MADRID.—Imprenta de José M. Ducazal, Plaza de Isabel II, 61.

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Administracion: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones para Madrid y Provincias en la Administracion y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: } Por un trimestre, en Madrid,.... 2 pesetas 50 céntimos.
 } Idem en Provincias, 3



A los toros

Tendido de los
Sastres.

AZA TOROS
DE
MADRID
AUGUSTO REY
CARLOS IV
Pepe Hilo
Casillares
u Ramero

Buena suerte Señor Paco

De los toros